

Misoginia y antisemitismo en los comienzos de la filosofía de Wittgenstein

Noemí Calabuig Cañestro. Universidad de Valencia

Sexo y carácter (Geschlecht und Charakter) es el título de la obra maestra de Weininger, que fue publicada en Viena en 1902, un año antes de su fallecimiento, a la edad de veintitrés años. El acontecimiento de su muerte y sus circunstancias despertaron en su público un gran interés. Weininger se suicidó en la casa donde murió Beethoven. De un disparo en el corazón acabó con una impecable trayectoria intelectual y con una gran esperanza, la que habían depositado en él sus amigos y profesores de la Universidad, así como una figura intelectual de las más relevantes en la Viena de principios del siglo XX, me refiero a Karl Kraus. Pero con su muerte, Weininger no sólo pone fin a la historia de su vida dejando un joven y bello cadáver sino que además abre las puertas de lo desconocido, lo enigmático, dejando libre el camino a la interpretación y el mito. De este modo, su muerte pasa a formar parte de su obra, la constituye y le da forma, ofreciéndonos un lugar desde el que mirar atrás. Como cuando uno narra la historia de su vida y sólo de esta manera todo adquiere sentido y parece conducido, fatalmente y de la mano de los acontecimientos, hacia un único e irrevocable fin.

Weininger era homosexual y también judío, pero al mismo tiempo despreciaba el judaísmo y la idea de lo femenino. El origen de este desprecio es probable que se halle en su propio contexto social y cultural. Me refiero tanto a la ola de antisemitismo y antifeminismo que inundaba la Viena de la época, como a la que llegó a Weininger a través de los textos de sus autores preferidos (Schopenhauer, H.S. Chamberlain, Goethe, Kant, Herder, Jean Paul, Gillparzer...), según él, todos ellos antisemitas. Sin embargo, también es posible que su desprecio sea el resultado de una profunda introspección, que sumía al autor en una lucha interminable contra sus propios instintos y su naturaleza, es decir contra la limitación que a su juicio le otorgaba su propia condición de judío.

Wittgenstein, el otro autor que va a centrar nuestra atención en este trabajo, leyó a Weininger y lo leyó lentamente, como le gustaba que lo leyeran a él¹.

De modo que el pensamiento de aquel impregnó al de éste y ahora podemos escuchar, si acercamos lo suficiente el oído, la voz de Weininger a lo largo de la obra de Wittgenstein. Weininger anhelaba la vida eterna, necesitaba creer en ella y, como los grandes hombres, deseaba que su alma fuera inmortal. Tal vez por eso se convirtió, tras su muerte, en una de las primeras voces de la obra de Wittgenstein, del largo, profundo y trágico adagio que éste compuso para quien supiera escuchar.

Wittgenstein compartía con Weininger su condición de judío homosexual y aunque no llegó a consumarlo, pensaba frecuentemente en el suicidio, al que consideraba

¹ "Algunas veces sólo puede entenderse una frase si se la lee en el tiempo correcto. Todas mis frases deben leerse lentamente". L. Wittgenstein. *Aforismos Cultura y Valor* (326). 1947. Austral, 1995. De ahora en adelante me referiré a este libro con las iniciales ACV y el número del aforismo correspondiente.

una sería alternativa. Este hecho, por cierto, no puede ser considerado una extraña coincidencia si tenemos en cuenta que tres de los cuatro hermanos varones de Wittgenstein se suicidaron y el hecho de que a Viena correspondiera la tasa más elevada de Europa de mortandad por suicidio. Por otro lado, tanto para la tradición estoica como para Schopenhauer, fuentes de las que ambos autores bebieron, el suicidio era un tema recurrente e incluso fue considerado un privilegio del sabio y la prueba de su libertad. Sin embargo, puede que el ingrediente más relevante para la ya mencionada impregnación fuera una afinidad esencial de carácter entre los dos vieneses.

La *caractereología* anunciada por Weininger parte del supuesto de que el mundo interior no está compuesto por un cúmulo de simples sensaciones —como aseguraba la psicología moderna— sino que, a diferencia del mundo exterior, está constituido por algo único y constante; el carácter, que se manifiesta en todo pensamiento y sentimiento. La existencia de un *ser* que permanece en todo momento de la vida psíquica es el presupuesto de la *caractereología*. Weininger asegura que la verdadera causa de la decadencia de la psicología se debe a su completo olvido del alma (Mach), así como a su emancipación respecto de la filosofía y a la influencia duradera que sobre ella tuvieron algunos físicos (Fechner y Helmholtz). Por eso la *caractereología*, considerada como la *teoría integral del alma humana*, es anunciada por Weininger como la *psicología del futuro*.

Llegados a este punto será necesario aclarar ciertos conceptos que introduce Weininger y que luego nos resultarán muy útiles para reencontrarlo entre las líneas de Wittgenstein. En primer lugar, Weininger subraya una diferenciación que considera esencial en la vida psíquica del ser humano y sin la cual la *caractereología* antes mencionada no podría sino fracasar incesantemente. Se refiere a la diferencia entre los sexos. Para el autor no se trata de la existencia de particularidades sin importancia, pertenecientes a uno u otro sexo, sino de una dualidad irreconciliable (o aparentemente irreconciliable por el momento). En cualquier caso la posibilidad de una futura conciliación depende del hombre: de su talento —si lo posee—, de su genio —que siempre posee en mayor o menor grado— y de su voluntad. ¿Dónde radica la diferencia psicológica esencial entre el hombre y la mujer.

En primer lugar, nos encontramos con que esa diferencia psicológica tiene una base fisiológica que es el *origen diferente del impulso sexual*. No se trata de que dicho impulso sea mayor en el hombre que en la mujer o viceversa, sino de que son de naturaleza diferente. En este punto, Weininger da por buenos y utiliza los dos momentos analíticos que distingue Albert Moll en el concepto del impulso sexual: el impulso a la *detumescencia* y el impulso a la *contractación*. El primero es debido a la sensación desagradable que produce la acumulación de un elevado número de células germinativas maduras y la necesidad de expulsarlas del organismo. El segundo se refiere a la necesidad de contacto corporal con un individuo del sexo opuesto. Pues bien, ambos momentos se encuentran en el varón, mientras que la mujer sólo conoce el segundo.

Weininger, por supuesto, no llega al *conocimiento* de estas ideas mediante un procedimiento inductivo a partir de ciertas observaciones y comprobaciones empíricas, ni cree que ese camino sea el adecuado. Por el contrario, sostiene que en el mundo fenoménico no encontramos sino la confirmación de dichas ideas. Por ejemplo, en la diferente constitución anatómica: con la prominencia de los genitales masculinos, que

adquieren la forma de una vasija. O en el hecho de que el hombre ceda una parte de su materia en el acto sexual, quedando la mujer como un mero receptor de fluidos.

Por otro lado, estas ideas no son nuevas, las encontramos ya en Aristóteles, quien afirma que es el hombre el que, a través del acto sexual, proporciona un alma al nuevo ser, mientras la mujer se encarga únicamente de la materia. Pero ni siquiera de su conformación, pues es el hombre, con su acción, el que da forma a la materia y vida a lo inerte. La voluntad del hombre determina tanto la consumación del acto sexual como el futuro reconocimiento del nuevo ser, mientras que el hecho indiscutible de que *este* niño sea de *esta* madre condena a la mujer a permanecer unida a la materia, siendo el niño una prolongación de su propio cuerpo. En esta consideración del acto sexual, la mujer aparece bien como un recipiente vacío que ansía llenarse, y en eso ocupa su vida, bien como un trozo de tierra pasiva y receptiva, que a su vez espera recibir la semilla que germine en ella, y así contribuir a la conservación de la especie, que es lo único para lo que está diseñada.

También Schopenhauer afirma que el niño recibe del padre las cualidades del corazón y del carácter y de la madre la belleza y la inteligencia que, por supuesto, no pasa de ser un talento.

Otra confirmación de que la mujer no siente el impulso a la *detumescencia* la encuentra Weininger en el hecho de que en las mujeres genuinas no se conoce la masturbación. Lo que se ha llamado *onanismo* en la mujer no es el impulso a la detumescencia, es decir, el deseo de poner fin a la *excitación* (como ocurre en el varón) sino, más bien, su intención de procurarla, intensificarla y prolongarla. Porque, según Weininger, la irritabilidad fisiológica de la mujer, que no su sensibilidad, es mucho más intensa que la del hombre. En definitiva, *la mujer es absolutamente sexual*. Su sexualidad lo abarca todo, mientras en el hombre sólo abarca una parte. Por eso, mientras la mujer se halla completamente ocupada y absorbida por la sexualidad y otros menesteres relacionados con la misma, el hombre se ocupa también de otras muchas cosas: negocios, política, religión, arte, juego, sociabilidad.

Como veníamos diciendo, el impulso a la *contractación* es propio de ambos sexos, sin embargo, también es de naturaleza diferente. La diferencia no radica en la intensidad del deseo, ya que puede ser la misma en un hombre y una mujer concretos. Es el *deseo de actuar* el que es exclusivo del hombre, la necesidad de ser el atacante, mientras que la mujer siente la necesidad de ser conquistada. En este punto vemos como Weininger se aproxima al pensamiento nietzscheano, por cuanto no se trata de que la acción sea digna de admiración o máximamente valorada sino más aún, es la fuente de todo valor, de toda valoración, espontaneidad absoluta.

Vemos como los conceptos de actividad, creatividad, dualidad, conciencia y conocimiento van siempre unidos a la idea de lo masculino, mientras pasividad, esterilidad, reproducción, simplicidad e inconsciencia son características femeninas.

Y para quien pretenda objetar cómo es posible que un hombre nos haya desvelado las características esenciales de la idea de mujer, la respuesta de Weininger es la siguiente: *en el hombre mismo está representada la mujer, por eso puede establecer juicios exactos acerca de su naturaleza*.

Esta afirmación tiene una *explicación fisiológica*: Weininger está convencido de la persistencia de caracteres de ambos sexos en seres humanos, animales y plantas, incluso

cuando su desarrollo unisexual halla concluido. Lo que ocurre es que los caracteres pertenecientes al sexo opuesto se hallan en estado *rudimentario* y sus particularidades poco desarrolladas. Ningún ser humano concreto encarna perfectamente la idea de lo masculino o la de lo femenino. Sin embargo, la función que desempeña cada uno es clara y bien definida: por muchos caracteres masculinos que se encuentren en una mujer concreta ésta no dejará de ser en esencia una mujer. No se han encontrado casos de seres que sean anatómicamente femeninos y psicológicamente varones, pero sí que puede ocurrir a la inversa. Por supuesto, esta afirmación, que según Weininger es revelada por la observación, esta condicionada por la supuesta identidad metafísica entre el cuerpo o la materia y la idea de lo femenino. La mujer absoluta es su propio cuerpo, se agota en él.

Basándose en la idea de que la femineidad y la masculinidad se encuentran distribuidas en muy diferentes proporciones en los seres vivos y en la popular observación de que tal hombre y tal mujer concretos parecen hechos el uno para el otro, Weininger dice haber descubierto una nueva ley a la que tan sólo Schopenhauer se había aproximado antes que él. Se trata de la *ley de la atracción sexual*, según la cual el hombre completo y la mujer completa tienden a unirse. A esta ley corresponde una fórmula en la que los grados de masculinidad y femineidad adquieren valores comprendidos entre 0 y 1. Es posible incluso que esta ley sirviera de inspiración a Wittgenstein para la elaboración de sus tablas veritativo-funcionales. Otros factores que intervienen en la fórmula son el grado de parentesco entre los individuos en cuestión y el tiempo de reacción o tiempo en que permanecen juntos. Los resultados de la fórmula cuando se trabaja con tipos ideales son significativos por cuanto entre un hombre y una mujer ideales la atracción es infinita, entre dos hombres ideales la atracción es positiva y entre dos mujeres ideales la atracción adquiere valor negativo, por lo que no es posible entre ellas ni tan siquiera la amistad.

Qué duda cabe que todo aquello que Weininger observaba y con lo que, muy a su pesar, se veía obligado a convivir, modeló su carácter y, como consecuencia sus ideas y su obra. Sin embargo, el resultado de su investigación no es tanto un producto directo de sus observaciones como de su *concepción metafísica del mundo*, a cuya construcción contribuyeron enormemente las ideas de autores como Nietzsche y Schopenhauer y cuyo talante es, sin duda, herencia del segundo: la masculinidad —dice Weininger— elevada a su máximo exponente y plenamente consciente, es la genialidad. El hombre genial es un microcosmos y, entre otras muchas cosas, encierra dentro de sí a la mujer. Ésta, sin embargo, no es más que una parte del universo y no puede encerrar dentro de sí al todo. Hablar de genio femenino es simplemente una contradicción.

El *proceso de clarificación* de sensaciones y pensamientos también constituye una diferencia psicológica esencial entre ambos sexos. Aunque posean los mismos contenidos psíquicos, el grado de su articulación es siempre diferente. Mientras el hombre piensa en representaciones claras y distintas, a las que se adhieren sentimientos fácilmente separables, la mujer piensa en *bénides*. En ella *pensamiento* y *sentimiento* son inseparables. La mujer es más sentimental porque muchos de los acontecimientos de su vida tienen forma de *bénide*, mientras en el hombre han alcanzado un notable grado de clarificación.

El proceso de clarificación, tal y como lo describe Weininger, es de vital importancia para la concepción wittgensteniana del trabajo intelectual. Así, en uno de sus aforismos sostiene que *la claridad, la transparencia, es un fin en sí*. Y asegura que a él no le interesa levantar una construcción, sino tener ante sí, transparentes, las bases de las construcciones posibles. De ese modo, tanto su manera de pensar como su fin divergen de las del típico científico occidental, al que sólo interesa levantar construcciones cada vez más complejas y para quien la claridad es un medio al servicio de ese fin. Por supuesto, y como viene expresado en sus diarios, la falta de claridad en sus pensamientos siempre se halla acompañada de un sentimiento de desánimo y, muchas veces, de un extraño sentimiento de abatimiento unido a la esperanza, la sumisión a algo superior y el intento reiterado de asunción de su destino.

Wittgenstein arrastra como un lastre la concepción weiningeriana de los sexos, y aunque tenemos testimonios que corroboran que no compartía la idea de que las mujeres y lo femenino fueran la fuente de todo mal, nunca dejó de atormentarle la posibilidad de tener cierta disposición femenina y el hecho de que fuera esta disposición y sobre todo, como veremos más adelante, su condición de judío, lo que le impidiera ser original y, en definitiva, ser un genio.

En 1931 escribe:

Es vergonzoso tenerse que mostrar como odre vacío que sólo puede ser henchido por el espíritu (ACV 54).

En 1937 termina uno de sus aforismos del siguiente modo:

Todo lo que me sale al encuentro se me convierte en imagen de aquello sobre lo que pienso. (¿Será esto una cierta disposición femenina?) (ACV 163).

Y en 1939:

Mi originalidad (si esta es la palabra correcta) es, según creo, una originalidad de la tierra, no de la semilla. (Quizá no tengo semilla propia.) Se arroja una semilla en mi tierra y crece diferente que en cualquier otro terreno (ACV 193).

En alguno de sus aforismos Wittgenstein confiesa no atreverse a juzgar si es original o si tan sólo tiene gusto, si posee algún valor o una mera habilidad.

Si volvemos a la obra de Weininger, nos damos cuenta de que la vacuidad, la materialidad, la vinculación a la tierra, la tendencia a la sinestesia, el gusto sin genio, la habilidad sin carácter y la capacidad de adaptación y transformación son características típicamente femeninas. La mujer vive en la inconsciencia, carece de yo inteligible, de carácter y, como consecuencia, de valor. La mujer absoluta es materialidad absoluta, es nada. Por eso espera adquirir su ser y su valor del hombre, y esto tiene lugar a través del coito, pues la mujer es la encargada de la reproducción material de la existencia, de la perpetuación y conservación de la especie en el aspecto corporal. Es el pecado original del hombre. Mientras exista la mujer, mientras el hombre continúe dotándola de existencia con su acción, su culpa no será expiada.

Para Weininger, como para el primer Wittgenstein, lógica y moral son, en el fondo, una y la misma cosa: *el deber para sí mismo*. Y el máximo valor en el que ambas coinciden es la *verdad*, cuya negación se escinde en el *error*, por un lado, y la *mentira*, por otro. El contenido de la ética lo constituye la lógica, por eso el error es sentido como una culpa y puede decirse que el deber del hombre es conocer la verdad.

Lógica y moral, a su vez, están íntimamente relacionadas con la *continuidad de la memoria*, característica que el genio posee en grado máximo. La mujer absoluta, sin embargo, carece de memoria continua, no se siente idéntica en los diferentes momentos sucesivos y no posee ni siquiera la evidencia de la identidad del objeto. Es incapaz de formar conceptos y de pensar lógicamente. Incapaz de comprender y atenerse al principio de no contradicción. Es incapaz también de decir la verdad. Y, como afirma Wittgenstein, *cuando alguien no miente ya es suficientemente original*. La mujer absoluta es amoral y carece de lógica. Y aunque en la práctica es capaz de servirse de la lógica como instrumento, nunca se rige por sus mandamientos, la lógica no es para ella un fin en sí, sino un medio al servicio de otro fin.

Según Weininger existen ciertos pueblos y razas en los cuales los hombres se acercan muy poco o muy rara vez a la idea de masculinidad, hallándose mucho más próximos a la idea de lo femenino. Sin embargo, este hecho no pone en peligro las teorías weiningerianas, pues el propio autor nos aclara que los conceptos anteriormente desarrollados encuentran su máxima confirmación en el hombre y la mujer arios. Por lo que se refiere al resto de pueblos y razas es preciso un *estudio psicológico profundo* para establecer qué nivel ocupan en el conjunto de la humanidad.

El estudio que Weininger lleva a cabo sobre el pueblo judío abandona el problema de su origen antropológico, el cual considera difícil de resolver, si no insoluble, para centrarse en la cuestión que concierne a su cualidad psíquica. Y concluye que nos encontramos ante el mayor enemigo de los conceptos antes desarrollados.

Ante todo, aclarar que lo que Weininger entiende por judaísmo no es una raza, ni un pueblo, ni siquiera un credo oficialmente reconocido sino, más bien, una *tendencia del espíritu*. Una constitución psíquica que es una posibilidad para todos los hombres pero que ha encontrado en el judaísmo, históricamente considerado, su realización más grandiosa. Lo que a Weininger interesa esclarecer es la importancia y significado de la idea platónica del judaísmo y la cualidad psíquica del judío en tanto que participa de esa idea.

En primer lugar, Weininger señala que existen algunas importantes analogías entre los judíos y las mujeres. Tal es el caso, por ejemplo, de su falta de comprensión y necesidad de la propiedad, especialmente de la propiedad de la tierra. Concepto que sólo es posible comprender desde la individualidad de un sujeto con límites bien diferenciados. Si el socialismo es ario (Owen, Carlyle, Ruskin, Fichte), afirma Weininger, el comunismo es judío (Marx) y no tiene relación alguna con la idea de Estado. Igual que la propiedad, la idea de Estado también es ajena al judío, tanto por su nivel de abstracción como por lo lejos que se halla de ser un móvil para satisfacer los intereses propios del judío. Esta es la razón por la que jamás ha existido un Estado judío, en el verdadero sentido de la palabra, y jamás existirá. La idea del Estado que Weininger tiene en mente es la que se encuentra en el Contrato Social de Rousseau, que consiste en la decisión voluntaria de obedecer a un orden jurídico determinado, decisión que sólo

puede ser tomada por individualidades éticas. El sionismo, por tanto, es la negación del judaísmo, cuya idea es la difusión por toda la faz de la tierra. De acuerdo con Weininger, Wittgenstein afirma que el poder y la propiedad son cosas diferentes y *cuando se dice que los judíos no tienen sentido de la propiedad, esto puede unirse al hecho de que les gusta ser ricos y el dinero es una forma de poder, no de propiedad*².

Según Weininger, al judío, igual que a la mujer, le falta personalidad y conciencia de sí, carece de yo inteligible y no tiene valor propio, de ahí su falta de respeto hacia la propia persona y de reconocimiento hacia las demás, lo que se manifiesta en una gran insociabilidad y una tendencia a adquirir su propio valor rebajando a los otros. El judío carece completamente de orgullo y respeto hacia sus antepasados. El peso que se otorga a la tradición judía no es más que el peso de su esperanza en el futuro y su historia se puede resumir en el paso a través del Mar Rojo, que culmina con el agradecimiento de los cobardes fugitivos a su valeroso salvador. Wittgenstein, por su parte, compara la historia de los judíos con una especie de enfermedad, con un *tumor* que no puede ser bien acogido por un cuerpo sano sin que éste cambie su antiguo sentimiento estético por el cuerpo³. Esta metáfora parece sugerir que aquellos que pretendan expulsar el “*bacilo nocivo*” de su entorno están en su derecho y es aplicable tanto a la nación aria como a su propia persona. A diferencia de Karl Kraus, quien sugiere que es el aislamiento racial y religioso de los judíos el que les confiere esa desagradable *mentalidad de gueto* y cree que la única solución pasa por su completa asimilación, los comentarios de Wittgenstein sugieren que cuanto más se integran los judíos, más peligrosa es la enfermedad para la, de lo contrario, “saludable” nación aria. Afortunadamente, sin embargo, y, aunque lo que resuena en estos comentarios es un antisemitismo racial más propio del *Mein Kampf*, incluso, que de Weininger, no se encuentra ninguna afinidad *esencial* entre Wittgenstein y los nazis, a los que él mismo describe como un bárbaro “grupo de gánsters”. Sus comentarios acerca de los judíos eran fundamentalmente introspectivos. Los utiliza como metáfora en la que su sensación de decadencia cultural y su deseo de un orden nuevo sirven para describir su propia sensación interior y su deseo de encontrar un nuevo principio para su vida.

En numerosas ocasiones se han querido atribuir los defectos de los judíos a la brutal opresión y servidumbre a la que fueron sometidos durante toda la Edad Media. Según Weininger, esa autoacusación por parte de los arios y en general de los cristianos se fundamenta en un enorme error, la creencia en que las influencias exteriores y la adaptación al medio puedan modificar el carácter de un individuo o de una raza sin que antes se encontrara también en su interior la causa de tal modificación. Por otra parte, todavía no se ha demostrado que exista una herencia de las cualidades adquiridas. Dicha autoacusación, por tanto, está injustificada pues cualquier modificación en el carácter se dirige siempre desde el interior al exterior. En uno de sus aforismos Wittgenstein sostiene que en numerosas ocasiones se ha dicho que la ocultación y disimulo a la que tienden los judíos es consecuencia de la larga persecución que han sufrido, sin embargo —dice— ese hecho es falso y añade que es posible que su supervivencia a pesar de la persecución, se deba precisamente a su inclinación a la ocultación⁴.

² ACV 107. 1931.

³ ACV 107. 1931.

⁴ ACV 110. 1931.

Lo que ha sido llamado “solidaridad judía” por el antisemitismo supone que entre los judíos existe un acuerdo consciente. Weininger, sin embargo, no comparte este supuesto ni considera adecuada semejante denominación. Si bien es cierto que cuando se hace una acusación contra cualquier judío, todos los judíos desean e intentan demostrar su inocencia, este fenómeno más bien merece ser llamado “parcialidad involuntaria”, pues su causa no es la piedad que despierta el individuo concreto, acrecentada por el hecho de que sea judío, sino el temor a que pueda cernirse alguna sombra dañina sobre todos los judíos, sobre todo lo que tenga alguna relación con la idea de lo judío o sobre la misma idea de judaísmo. Lo que se defiende y protege es la especie y la raza, no la persona, ni el individuo. El individuo sólo es tomado en consideración en tanto que pertenece al grupo. Esto explica el importante papel que en el pueblo judío, más que en ningún otro, desempeña la familia, cuyo origen es femenino y maternal a diferencia del Estado y la sociedad.

Según Weininger, el principal deber moral del judío es multiplicarse. Es incapaz de comprender el ascetismo y tiene, igual que las mujeres, una disposición crónica a ejercer la *tercería*, cuyo objetivo es borrar los límites. Por esto y por las razones antes mencionadas el sionismo es antijudío y antes de estar maduros para la constitución de un Estado, los judíos han de vencer al judaísmo. La solución al problema del judaísmo, por tanto, no se encuentra en el sionismo, sólo puede ser resuelto individualmente, mediante la decisión inquebrantable por parte de cada individuo judío de adquirir la máxima autoestima y, en definitiva, de convertirse en cristiano. El monoteísmo judío no tiene ninguna relación con la verdadera creencia en Dios y *su religión es una fe de mujeres viejas fundada en un sórdido temor*. El judío es el gran incrédulo, incapaz de admitir una revelación aunque venga del interior. Incapaz también de sentir las cosas como símbolos de otras más profundas, lo que únicamente puede conducir a la forma materialista de la ciencia.

Por lo que respecta a la ciencia, el judaísmo es sentido por Weininger como aquella tendencia por la cual ésta queda reducida a un medio para alcanzar un fin. El judío, a diferencia del ario, es incapaz de darse cuenta de que precisamente lo inescrutable, lo que no se puede medir, lo inefable, es lo que concede valor a la existencia. Igual que Weininger, Wittgenstein comprende que cuando todos los problemas científicos se hayan resuelto nuestros problemas vitales aún no habrán sido rozados.

Para el judío, sin embargo, no existen verdaderos problemas y se contenta con ver el mundo de la manera más sencilla y común que le sea posible. Por eso los judíos son los que más fácilmente han aceptado una concepción mecánico-materialista del mundo. Y es su necesidad de que todo vaya a parar a la materia lo que les ha convertido en fundadores de esa concepción económica de la historia del hombre que elimina lo espiritual del desarrollo de la especie humana. La tendencia puramente química del arte de curar también es judaica y fueron los judíos los que introdujeron en la ciencia natural la atrevida alusión a ciertas cuestiones que el ario siempre ha considerado como pertenecientes al destino, por ejemplo la elección y manipulación de los factores que determinan el sexo del futuro hijo. Wittgenstein también reconoce y lamenta que el espíritu con el que trabaja hoy la ciencia sea típicamente judío y llama primitivos a los hombres actuales que participan de tal espíritu, pues creen que con el progreso de la

ciencia es posible “superar” el asombro ante las cosas cotidianas que antes resultaban incomprensibles.

A los judíos, como a las mujeres, les falta la profundidad, y el tipo específico de inteligencia que se les atribuye tanto a unos como a otras es la infinita capacidad de adaptación a las finalidades externas y su infinita capacidad de mutación. El espíritu judío es dúctil, maleable, y sus pensamientos carecen de raíz. Precisamente porque no es una individualidad, una mónada, porque no tiene límites precisos ni alberga en su interior una medida original del valor, porque no es nada, puede llegar a ser cualquier cosa. La idea de la maleabilidad de los judíos también la encontramos en algunos aforismos de Wittgenstein: “La tragedia consiste en que el árbol no se dobla sino que se rompe, la tragedia es algo no judío...”⁵.

El judío es el hombre irreligioso e impío. Las manifestaciones de la piedad pueden ser muy diversas: apasionamiento, objetividad, entusiasmo, gravedad de los sentimientos y se halla en todo lo que para el hombre adquiere una profunda significación. Pero el judío no es capaz de nada de todo esto porque para él nada adquiere una profunda significación. Le falta la simplicidad de la fe y se caracteriza por la multiplicidad interior. El judío, considerado como idea, es la ambigüedad interna, la falta de una realidad inmediata interior, la falta o pobreza de fuerza creadora. De nuevo, Wittgenstein coincide con Weininger cuando afirma que el mayor pensador judío no pasa de ser un talento y al mismo tiempo se reconoce a sí mismo como participando de la idea del judaísmo, en tanto que no ha sido capaz de descubrir por sí mismo un movimiento intelectual y su pensamiento no es creativo sino, únicamente, reproductivo.

Para Weininger, el judaísmo es pues una categoría que desde el punto de vista psicológico se aproxima bastante a la feminidad y desde el punto de vista metafísico es un estado anterior al ser. El judío absoluto, igual que la mujer absoluta, es amoral, no tiene alma, carece de la necesidad de inmortalidad y desconoce la mística.

¿Estaba Wittgenstein de acuerdo con Weininger por lo que se refiere a su concepción de la idea de judaísmo? Puede que la respuesta la encontremos en alguno de sus aforismos:

En la civilización occidental, el judío es medido siempre con escalas que no le corresponden (...) Y así, unas veces son sobrevalorados y otras menospreciados. Correctamente, Spengler no pone a Weininger entre los pensadores occidentales⁶.

Tenemos constancia de que Wittgenstein admiraba a Weininger e incluso recomendaba a sus amigos que lo leyeran. Pero también comprendía que éstos no le admiraran y que no estuvieran de acuerdo con él. Es más, incluso reconocía la imposibilidad de compartir sus puntos de vista. El 23 de Agosto de 1931 Wittgenstein escribía a Moore una carta que hacía referencia a la obra de Weininger:

Es verdad que es fantasioso pero es que es grande y fantasioso. No es necesario estar de acuerdo con él, o mejor dicho no es posible, pero su grandeza reside en aquello con lo que discrepa-

⁵ ACV 9. 1929.

⁶ ACV 81. 1931.

mos. Es su enorme error lo que es grande. Esto es, hablando rápidamente, si usted agrega un “¬” a todo su libro, dice una verdad importante⁷.

Esta no es la única vez que escuchamos hablar a Wittgenstein acerca del *error*. En sus *Lecciones sobre creencia religiosa* asegura que hay cosas que para ser un error, son un error demasiado grande⁸. Ante tales cuestiones debemos ser precavidos y agudizar la vista, pues lo más probable es que no hayamos entendido nada porque no hemos utilizado la técnica adecuada. Si queremos entender, debemos buscar una interpretación completamente diferente. Tal es el caso de las *creencias religiosas*. Si comparamos las pruebas a las que se atienen los creyentes con cualquier cosa del tipo de las que en ciencia llamamos pruebas, estamos *errando completamente el fondo de la cuestión*, diría Wittgenstein. El creyente no necesita pruebas (en un sentido científico). Cree, por ejemplo, en el *juicio final* antes incluso de saber expresar racionalmente en qué consiste su creencia y cómo ha llegado a ella. Del mismo modo, sólo aquel que ya haya pensado antes las proposiciones del *Tractatus* podrá comprenderlas:

Podría decir que si el lugar al que quiero llegar estuviera al final de una escalera, renunciaría a alcanzarlo. Pues allí donde quiero llegar verdaderamente debo estar ya de hecho⁹.

A mi modo de ver, esto nos pone sobre la pista de qué quería decir Wittgenstein cuando hablaba de la grandeza del error de Weininger y aseguraba que si se agrega un “¬” a todo su libro, éste dice una importante verdad: la grandeza de sus afirmaciones no reside en su verdad o falsedad, al menos no del mismo modo que las proposiciones científicas. Estamos ante juegos del lenguaje diferentes. Tal vez por eso Moore nunca llegara a comprender a Weininger. Porque el espíritu de la obra le era completamente ajeno, porque no estaba encantado de antemano o porque era incapaz de adoptar la perspectiva correcta. Para Wittgenstein, lo que hace que un objeto sea difícilmente comprensible es la oposición entre la comprensión del objeto y aquello que quiere ver la mayoría de los hombres. Es decir, si un objeto es significativo, lo que nos impide comprenderlo no es una dificultad del entendimiento, sino de la voluntad.

Noemí Calabuig Cañestro

Departamento de Metafísica y Teoría del Conocimiento

Facultad de Filosofía

Universidad de Valencia

46010. Valencia

noemí.calabuig@uv.es

⁷ *Cartas a Russell, Keynes y Moore*. Madrid: Taurus, 1979.

⁸ *Lecciones sobre Estética, Psicología y Creencia religiosa*. Barcelona: Edición Paidós Ibérica, 1992.

⁹ ACV 32. 1930.